TRASFONDO FILOSOFICO DEL PENSAMIENTO ACTUAL

NOTAS DE FILOSOFIA

P. ALFONSO LOPEZ QUINTAS

UNA CLAVE DE INTERPRETACION

Huelga insistir en la necesidad de que los creadores de formas conozcan muy de cerca la sensibilidad de su época, bien para adaptar sus creaciones a los gustos reinantes, bien, por el contrario, para arrostrar el grave riesgo de navegar contra corriente. No siempre, en efecto, la condescendencia es índice de autenticidad, y todo artista auténtico debe estar dispuesto a servir a su país incluso a través del amargo recurso de la inadaptación a gustos de poca calidad. ¿Sería conveniente, pongo por caso, llevar a la música religiosa el espíritu de agitación convulsa que caracteriza la vida actual? Evidentemente, no. Una de las razones, y no la última, de la profunda vibración que producen en el hombre de hoy el viejo canto gregoriano y un estilo tan lejano en el tiempo como el románico es, sin duda, el clima de paz que ambos instauran merced al dominio que ejercen sobre el embrujo del ritmo. Pues hay formas de expresión que subyugan y enajenan, y formas que liberan. A todas luces lo que hoy necesitamos, en primer lugar, son modos de rigurosa y auténtica *liberación* a través de formas vigorosas de *interioridad*. Si pensamos en la armonía que existe entre las formas arquitectónicas de vanguardia y las escultura del Románico y el Gótico, advertiremos que por encima de toda localización temporal lo decisivo es el espíritu que late bajo cada realización artística.

LA INFLUENCIA DEL VITALISMO

Para adentrarse de modo profundo en la sensibilidad de una época tal vez no haya medio más directo y fecundo que tomar el pulso a su producción literaria más caracterizada y juzgarla a la luz de unos criterios robustos.

Por lo que a nosotros toca, nos encontramos en un momento de la cultura evidentemente influenciado de modo decisivo por la corriente llamada "vitalista", es decir, por el estilo de pensar que concede a lo meramente vital una situación de primacía respecto a lo espiritual. Varios autores característicos de esta tendencia definieron al hombre como un "animal de instintos fallidos", un "ser defectuoso". Si lo meramente vital es el estrato *modélico*, por su equilibrio y por la ausencia en el mismo de la tensión dramática que inaugura el espíritu debido a la dosis de libertad que aporta, se concluye que "el espíritu es un tumor que le ha salido a la vida", y "la apertura del hombre al mundo es fundamental-

mente una carga". En la misma línea afirmaba Ortega y Gasset que "la razón del hombre primigenio era un mero suplemento del instinto deficiente".

La tarea de estos pensadores y de cuantos en ellos se inspiran será, en consecuencia, anular la *distancia* que el espíritu funda entre el hombre y el entorno, esa *distancia de perspectiva* que se interpone entre los objetos que impresionan los órganos sensitivos del hombre y su reacción ante esas impresiones, entre los impulsos instintivos y la acción moral, entre las sensaciones y los juicios, etc. Para un vitalista extremo el ideal consiste en acortar esta distancia al máximo, para recobrar la *unidad de fusión* o *indiferenciación* meramente vital con el medio.

Invito al lector a confrontar por sí mismo hasta qué punto responde a este punto de vista la producción literaria de los grandes escritores contemporáneos. Piénsese, por ejemplo, en H. Hesse, A. Camus, y J.-P. Sartre.

EL CONFLICTO ENTRE EL ESPIRITU Y LA VIDA

Para advertir el largo alcance de las ideas expresadas por estos autores hay que desvelar sus secretas intenciones y poner al descubierto los principios inconfesados de que parten. Sólo de este modo será posible hacerlas objeto de una crítica certera.

Reduciendo el presente estudio al vitalismo extremo del último Scheler, Klages y Gehlen (1), es necesario afirmar desde el principio que esta orientación se centra en un hecho sintomático: el conflicto entre el espíritu y la vida. ¿Qué significa este conflicto y en qué prejuicios se asienta? He aquí el tema del presente trabajo.

"Entendemos por *vida*—escribe G. Thibon—el conjunto de elementos por los cuales el hombre es parte del universo sensible (cuerpo, instintos, sensibilidad bajo todas sus formas). Y por *espíritu* todo lo que en él emerge fuera del Cosmos y escapa a su necesidad: la inteligencia y la voluntad con todo su cortejo de exigencias suprasensibles y—en último término—sobrenaturales" (2).

¿Qué clase de relación vincula estos dos ingredientes del hombre: vida y espíritu? Si se afirma la idea de ruptura, a la que se inclina gran parte de la literatura filosófica y antropológica de la actualidad, no será posible integrar la sensibilidad y el entendimiento, las fuerzas instintivas y la razón, con riesgo de abocar al caos que provoca la pérdida de la unidad en el hombre.

Es evidente que se da en el ser humano un drama interno, una íntima escisión que se manifiesta en líneas de tensión antagónicas. El espíritu se esfuerza por imponerse a la carne, y la materia lucha contra el espíritu. Estas fuerzas, sin embargo, no deben anularse mutuamente, sino integrarse en un impulso dinámico y jerárquico, pues la batalla que libra el hombre dentro de sí mismo sólo degenera en fracaso cuando es planteada de un modo superficial, como si se tratase de enemigos que se mueven sobre un mismo plano. *Todo pende aquí de salvaguardar o no la primacía del espíritu.* Visto desde cerca, se advierte que el Vitalismo es antiintelectualista por ser *univocista* y no resolverse a admitir la superioridad cualitativa del ser espiritual. Por eso plantea el problema que implica esta lucha en un tajante dilema: O *vida* o *espíritu*.

Que este planteamiento es radicalmente falso, por unilateral, lo ponen al descubierto todas las formas extremistas de vitalismo y espiritualismo. Ni la vida puede ser plenamente tal sin la elevación del espíritu, ni el espíritu encarnado puede prescindir de la vida sin riesgo de perecer por inanición. En rigor el espíritu no sólo no se opone a la vida, sino que es vida y principio de vida. Paradójicamente, cuando el espíritu quiere ensalzarse oprimiendo a la vida y mecanizándola, se depaupera, quedando reducido a algo meramente formalista, sin contenido humano real. Cuando la vida se erige en soberana e intenta prescindir del espíritu, se destruye a sí misma. La Historia política y cultural de los últimos lustros ilustra suficientemente estas ideas.

Lo grave radica en la facilidad con que pueden falsificarse los valores superiores, que, al no ser claramente *verificables*, están a un paso de ser considerados como *irreales*. De ahí que el equilibrio entre las fuerzas a que aludimos al hablar de *vida* y *espíritu* penda de la capacidad de intuición para captar la condición eminentemente real de las realidades que se evaden al poder humano de control científico.

Como solía decir E. Mounier, con su característica violencia, el ataque legítimo contra las falsificaciones del espíritu ha ido a menudo demasiado lejos, degenerando en una ilegítima repulsa de la existencia y dignidad de los valores espirituales.

LA EMBRIAGUEZ DEL RITMO COSMICO

El vitalismo antiintelectualista es, en el fondo, la consecuencia de una falsa campaña a favor del espíritu desarraigado. Por eso debemos oír su mensaje como una invitación al equilibrio. Frente a ciertas formas de ascética mezquina y artificiosa, es comprensible que el hombre actual opte por rendirse a la embriaguez del ritmo cósmico, en una relación de *inmediatez prerracional* con el cosmos. La invitación de Nietzsche "hermanos: ¡sed fieles a la tierra!" germinó sobre la tierra ávida de un intelectualismo depauperado. Avido de vida real y concreta, el espíritu vuelca sobre lo sensible y meramente vital su capacidad de amar, defraudada por el llamado

(1) Th. Haecker delata su influencia en la obra de casi todos los Premios Nobel de Literatura. Cf. *Qué es el hombre*. Edic. Guadarrama. Madrid, 1961.

(2) *Sobre el amor humano*. Rialp. Madrid, 1961 [8], pág. 33.

"mundo del espíritu". En el fondo, el vitalismo intelectualista ataca al espíritu con las armas del espíritu, por no ser sino la rebelión del espíritu integral contra una forma violentamente unilateral del mismo.

A la base, pues, de esta lucha entre la vida y el espíritu late un fraude: enfrentar dos realidades nacidas para la colaboración es una falsedad ontológica de las más graves consecuencias. Muy bien lo expresa G. Thibon: "... El conflicto entregado a sí mismo no engendra sino impureza y mentira. El espíritu y la vida están hechos para ser *unos y distintos*. Separarlos es confundirlos. La unidad traicionada se venga con la confusión: la carne rechazada resurge bajo la máscara del espíritu; el espíritu licenciado reaparece bajo la máscara de la vida" (3).

Ante la necesidad de desbordar este antagonismo *vida-espíritu*, se abren dos rutas: 1.ª La de la elección unilateral y más o menos arbitraria de uno de sus extremos: o la vida o el espíritu. 2.ª La de la búsqueda de una forma de equilibrio dinámico en la trascendencia. Esta última es la actitud que decide al gran Pascal a adoptar como lema antropológico la conocida frase: "L'homme dépasse infiniment l'homme." La Antropología católica actual se esfuerza por dar profundidad filosófica a esta orientación. Véanse las obras de Th. Haecker, P. Wust, E. Przywara, H. Urs von Balthasar, J. Guitton, G. Marcel, M. Nedoncelle, R. Le Senne, M. F. Sciacca, etc. Estos pensadores—sensibles si los hay para la *irreductibilidad cualitativa* de los seres—tienen un sexto sentido para captar la unidad bajo la división, o, mejor dicho, *más allá* de la división y *a través* de la división. La guerra es, según ellos, un camino para la paz que se gana en un campo superior a aquel en que se entabla la lucha. Por el contrario, los que se deciden por la primera vía lo hacen impulsados por el poder de sugestión que entraña la guerra en sí misma. El vitalismo antiintelectualista es, en gran medida, fruto de un acto de idolatría del conflicto. En el fondo, todo pende de una *debilitación del sentido jerárquico de la trascendencia*.

Se comprende la fanática aversión de los "vitalistas de extrema izquierda" hacia el Cristianismo, que es una doctrina de elevación transfiguradora. Compárese el estilo de pensar que revela el citado lema pascaliano y la caracterización nietzschana del cristianismo como una "bestia enferma".

EL CONFLICTO Y LOS IDOLOS FALSOS

Lo que importa delatar de una vez para siempre es que la lucha entre la vida y el espíritu es sostenida y glorificada por el Vitalismo con el oculto fin de, a río revuelto, desentenderse del espíritu. El Personalismo espiritualista actual, por el contrario, ha hecho ver que no se trata aquí de un verdadero conflicto, sino del necesario antagonismo entre *ídolos falsos*. Al carecer de la plenitud existencial que pudiera servir de base a sus pretensiones de absoluteidad, todo ídolo debe afirmarse en la falsa infinitud dialéctica de la guerra mutua. Los ídolos se devoran mutuamente el espacio. La verdadera guerra es, por el contrario, no la de la parte contra la parte, sino la del todo contra la parte idolatrada.

Esta es la razón por la que conviene subrayar, con Th. Haecker, que el espíritu es vida en un grado superior a la mera vida animal. De ahí la gravedad de la campaña realizada por Ortega a favor de la *mera vida*, la vida sin cualificación trascendente, pues esta actitud deja al hombre en una situación de vacío o suspensión espiritual que no lleva sino al desamparo y a la esclerosis del espíritu. Es sintomático al respecto que G. Simmel, en los últimos años de su vida, haya acuñado esta fórmula expresiva: "Leben ist mehr als leben" (4), para indicar el carácter esencialmente transitivo y cualitativo—en el fondo rigurosamente *trascendente*—de la vida humana.

Para desarrollar, sin embargo, plenamente esta intuición hay que captar en toda su pregnancia el peso ontológico de las realidades "no-objetivas" que constituyen el alimento del espíritu: el amor, la verdad y la belleza, o, dicho de modo más realista y concreto, el diálogo con las realidades dotadas de valor. Lo cual, a su vez, exige tener en forma el sentido de lo suprasensible, que nos permite apreciar con una sobrecogedora plasticidad realidades inasibles de modo sensorial. En esta capacidad se afirma el *amor al espíritu en cuanto espíritu*. El que ama el espíritu se siente en una relación de proximidad respecto a las realidades espirituales mucho más íntima y enérgica que la inmediatez de la embriaguez sensible. Es una forma de inmediatez superior que se gana al vencer la dispersión empírica. "En el santo—escribe Thibon—la vida del espíritu se hace cálida y directa como una sensación" (5).

Lo que urge subrayar es la condición *eminente* de esta inmediatez. Lo espiritual se siente como algo inmediato, como se palpa la presencia de algo superior que asume y eleva, como el cuerpo siente bullir en sus venas la fuerza del espíritu que lo configura desde dentro, como las notas de una obra musical vibran por la emoción que les transfiere la vida interna que a través de ellas corre.

Se trata de una concepción dialéctica, pero jerárquica, que resuelve los conflictos por vía de asunción transfiguradora. La solución no puede provenir nunca de un despojo, sino de una integración realizada bajo el signo positivo del amor. Sólo el amor une, porque acepta la instancia que es fundamento de perdurable unidad: el *espíritu*.

(3) Cf. *Ob. cit.*, págs. 47-48.

(4) "Vivir es más que vivir".

(5) *Ob. cit.*, pág. 63.